



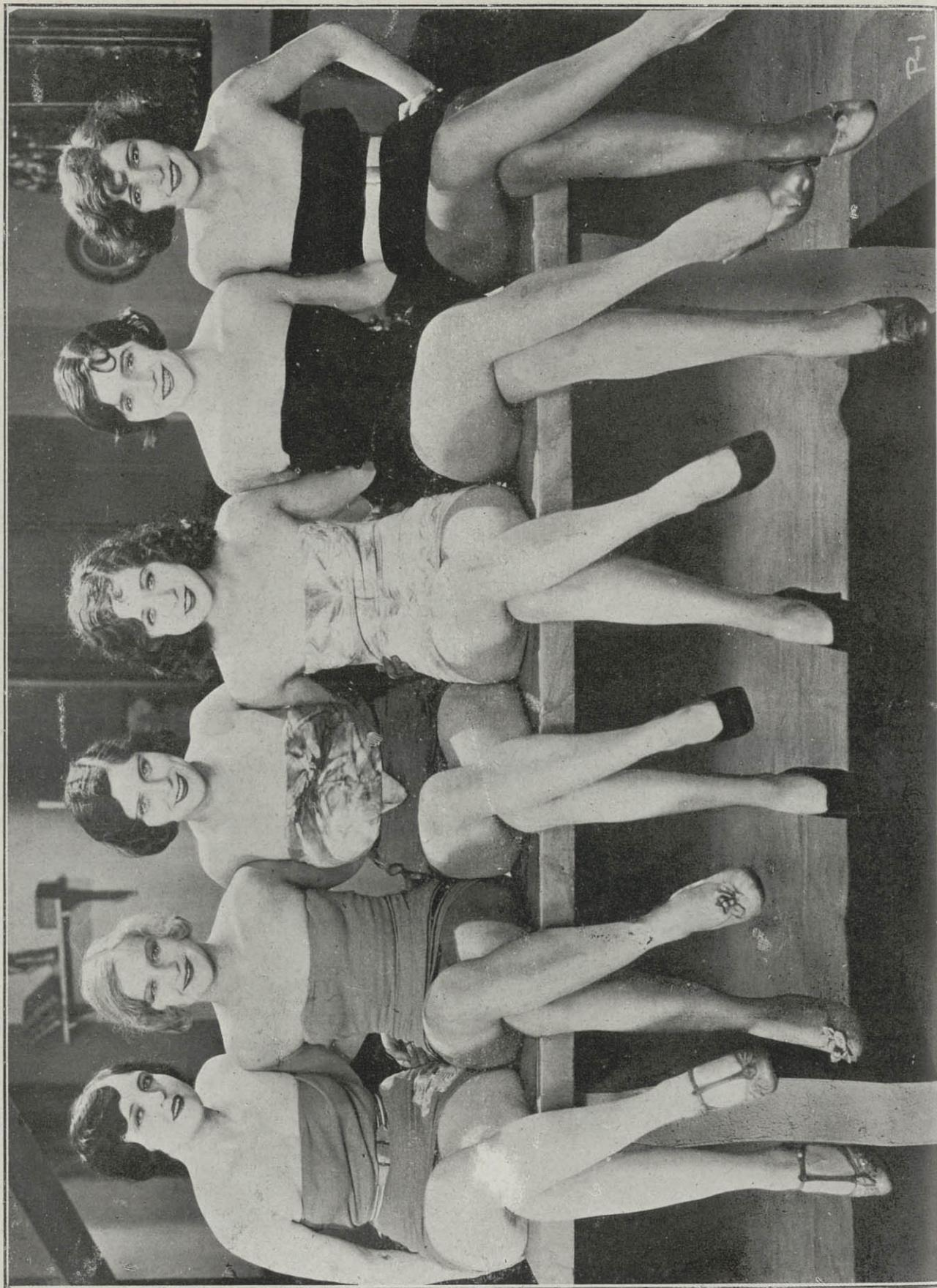
*¡SI ELLA QUISIERA...!,
por Demetrio.*

*¡Y pensar que si yo quisiera
tendría tantos sombreros como
mi señorita, y... tan poca ver-
güenza como mi señorita!...*

VARIETÉ

30
céntimos

Demetrio



DE CINEMATOGRAFO

Unas cuantas *razones* por las cuales "Ladies Right in a Turkish Bath" promete ser una divertida comedia de la First National.

Varieté

REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12
APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados a 30 céntimos ejemplar
Ordenanza de Varieté, D. Canuto



Año II

Madrid 28 de Enero de 1928

Número 9

PICADILLO

En Price un nigromante prodigioso
convierte, ante el aplauso de la gente
en un vino sabroso
el agua cristalina de la fuente.
El truco no está mal; más, ¡caballeros!
¡No se merece esa ovación sin tasa!
Eso lo hacen aquí los taberneros
sin exhibirse fuera de su casa!

Un viejo conductor de tranvías in-
glés, afirma que la moda actual de las
faldas cortas, ha facilitado mucho la
rapidez en la circulación, toda vez que
las mujeres al subir y bajar lo hacen
con facilidad suma, mientras que an-
tes tenían que hacerlo muy despacio,
porque si no las faldas se las enreda-
ban entre las piernas y caían muchas...

Nos place la observación
que el conductor de London
a la opinión ha lanzado,
y es nuestro pensar honrado,
que tiene mucha razón.
Mas lo que no sabe bien
es que hoy en día hay quien
tal afirmación aborta,
pues por llevar falda corta,
hay muchas que caen también.

En el coro de un teatro
fué admitida Caridad,
por gozarse un par de remos
demetrianos de verdad.
Y a todo el que quiere oír,
dice sin ningún desdoro,
que ella ha conseguido entrar
por *méritos* en el coro...

En el Ferrol se han dado varias con-
ferencias con ilustraciones gráficas, co-
mo propaganda para fomentar la cría
del gusano de seda.

Al leer la tal noticia,
dijo muy serio Buendía:
—De la cría del gusano,
lo que más me gustaría
conocer, a ser posible,
es... ¡a las amas de cría!

F. PRADO.



—¡Cuánto me gusta ese chico!
—Pues ten cuidado, porque es un
fresco y pedirá tu mano en seguida,
pero no se casará contigo.

Dib. de Piri-Piri.

CONSEJOS

Por DIAZ-ANTON

Cuando sorprendas a un ratero
que intenta robarte la cartera, y
cuando ya le tienes bien sujeto por
la muñeca, acuérdate de que aquel
desdichado puede haber carecido
de educación; que si hubiera tenido
principios no ejercería el repugnan-
te y lucrativo oficio de ladrón.

Acuérdate de todo eso y empie-
za a darle patás y bocaos hasta que
te lo quiten.

No creas que porque las muje-
res llevan más de la mitad de sus
encantos al descubierto, son pan
comido: no hijito. A lo peor, te
crees que es pan comido, y resulta
una torta que no puedes mascar...

Dib. de Mog.



—Aquí estoy otra vez con el almi-
rez que le compré ayer.
—¿Y qué es lo que le pasa?
—Nada; que al despedirme se le
olvidó a usted darme la mano.

Por el ojo de la cerradura
**Mi amigo, el cumplidor
 de sus deberes**

Tengo un amigo que es un desdichado. Mientras a otros—a otros desdichados—les da por el vino, por las mujeres o por hurgarse las narices—tres feos vicios—, a mi amigo le da por ser un cumplidor de sus deberes. Lo que mi amigo entiende por cumplimiento del deber es algo absurdo.

Lo voy a demostrar con un ejemplo. Hace muy pocos días mi amigo dió una lectura a la "Gaceta". La "Gaceta" publica una sección de llamamientos judiciales. Y en uno de esos llamamientos el cuitado aprendió que, de no sé que sitio, reclamaban los siguientes "efectos":

Ciento cincuenta pesetas en billetes del Banco de España. Trescientas pesetas en monedas de plata.

Y—finalmente—, la presencia del que los hubiera robado.

Mi amigo se palpó los bolsillos y encontró, por su dicha, las dos primeras cosas: treinta duros en buen papel moneda y sesenta en monedas de buen cuño. Siguió palpando y no encontró al ladrón. Pero, en su alma, se encendió una sospecha: ¿No podrían detenerle y procesarle?...

Aquella noche ya no pudo dormir. El dinero le obsesionaba, le daba fiebre, estuvo por tirarlo.

¿De dónde le había venido aquel dinero?...

Mi amigo lo ignoraba. Mi amigo no trabaja, porque es rico. Si el juez le interrogaba sobre la procedencia del dinero no sabría qué decirle. "Le tengo porque sí", no es ninguna razón. En esta duda mi amigo tomó el tren y se marchó a la ciudad de donde reclamaban los "efectos". Y se presentó a las autoridades judiciales para entregar, justos, noventa duros.

Su insólita conducta no fué bien apreciada. Le creyeron culpable de aquel robo. Le encarcelaron. Y tuvimos que ir a defenderle con no poco trabajo.

Una vez en la calle mi amigo se mostraba satisfecho:

—¡Cumplí con mi deber!—decía ufandándose.

—¿Tu deber?...

—Mi deber. La más leve sospecha sobre mi conducta me hubiera enloquecido hasta el suicidio. Esos noventa duros que han desaparecido en ese pueblo



—¿Pienzas ir al baile de la Asociación de Dibujantes? Yo pienso disfrazarme de Tentación.

Dib. de Picó.

son como un cargo contra todos los que los atesoran, sin saber a qué título. Ahora ya sabe todo el mundo que los míos son bien míos. Y ahora ya puedo disfrutarlos sin que me remuerda, de nada, la conciencia...

Y el muy melón se abonó a la "Gaceta" y encargó en una Agencia un kilométrico...

LEOPOLDO BEJARANO

Editorial 1927.-Apartado 8.032



LAS CUARENTONAS DE AHORA, por Demetrio.

—Con estos trajes hemos resuelto el problema de alargarnos la vida. ¿No te parece?
—¡Desde luego! ¡Pero a los hombres de nuestra edad, aunque los vistas de marinerito!...

De utilidad y recreo



E. Vargas.

Antes, en los tiempos en que las señoritas contestaban "lo pensaré" o "se lo diré a mi mamá", no era un problema difícil el pedirle entre otras cosas, relaciones a una muchacha. Todo consistía en un poco de desparpajo para no achicarse mucho y para producir la admiración de la doncella cuando se la decía en lo obscuro del portal o entre la espesa arboleda: "Juanita, estoy loco por usted y me haría..., me haría, me haría (era de buen efecto titubear un poco), me haría el más feliz de los mortales permitiendo que la llamase novia, además de Juanita..." Ella se encendía de rubor, se hurgaba la nariz con obstinación, hasta que se daba cuenta de cómo usted veía desaparecer su rosado dedito por una de las ventanas de su nariz con dirección a la buhardilla y lo retiraba azo-

radísima ocultando su mano en la espalda por si el dedito (el diablo las carga) no había salido sólo, y con un azoramiento de paleta en palco platea, contestaba con el obligado "lo pensaré", que tenía todos los valores de un sí semi-bemol; ahora...

Ahora es lo suyo con pintas, eso de pedirse relaciones ellos y ellas; porque han de saber que ahora, también ellas le meten mano al asunto con el mismo desparpajo que ellos. Ahora es muy corriente que, como efecto del mayor trato social que permite la salvaguardia de la carabina, y, por tanto, la camaradería que existe entre la juventud de ambos sexos, se escuchen estos diálogos entre pimpollo y pimpolla, a los que no ponen sordina ni en los lugares concurridos:

—¡Ola, Pocholo! ¡Chico, don-

de te metes; gachó contigo!... (esta salutación se la hace a un muchacho *chanchullero*, una nenita *picociana*, rubia como las candelas y fina y delicada).

—¡Yo? Serás tú la que se sumerge, porque lo que es yo, me exhibo de chipén... ¡Pero chica, cómo te estás poniendo de sosten!

—¡Amos, anda; amos, anda!
—replica la nena, chulona e in-



La modistilla.—¡Habrás visto tío!
¡Pues no dice que me quiere hacer un escorzo!...

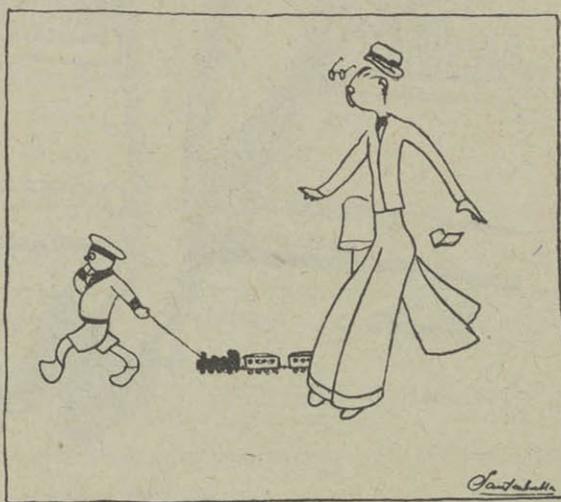
Dib. de Alvarez.

EL HIJO OBEDIENTE

Por SANTABALLA



(Leyendo la carta del padre) ... y quiero que vengas en el primer tren que pase por ahí!!



¡.....!

Santaballa.

¡OH, JUVENTUD!...

Cuando Buenabarba leyó que su mujer le engañaba, lanzó un taco, digno de figurar en un campeonato de billar.

Estábamos en el Círculo Verídico de Valmojado de Villasequilla, y en solemne junta general. Buenabarba acababa de leer el acta de la sesión anterior, cuando recibió la carta delatora. Entonces sobrevino el cañonazo.

—¡Atiza!...

(El respeto que debo a los lectores mayores de dos años me obliga a colocar un ¡atiza! en lugar del taco).

—¡Pido la palabra!—gritó un socio, bastante sordo.

Y sin esperar la concesión, agregó:

—¡Protesto! Esa exclamación no es posible que haya podido figurar en acta. Muchas barbaridades dijimos durante la junta anterior, pero como ella, ninguna.

Una vez aclarado el incidente, se hizo un silencio de palco de "cine", que aprovechó Buenabarba para decir:

—Señores: Acabo de sufrir un golpe, que me lo asesta en el estómago un boxeador de fama, y no me hace más daño.

Bebió agua, bastante turbia, por cierto, y siguió:

—Ustedes conocen mi rectitud y moralidad, y saben que la mentira me cripa y sonroja. Pues bien; yo, que he llegado a salir a la calle con gafas negras, para no contemplar el espectáculo, poco edificante, de nuestras abuelas rodi-

lleras, yo, repito, acabo de recibir esta carta anónima y fatal.

Y la mostraba en alto.

—¡Bravo!—aplaudimos.

—Señores—continuó—. Pido perdón por haber herido vuestros oídos en un momento de obcecación. Pero ya pasó. Estoy tranquilo. No, no creáis que me marco un farol. Ya estoy sereno.

En efecto, Buenabarba sonreía siniestramente. Había recobrado su envidiable sangre fría, más aún, helada, que le permitía pasear en verano a las dos de la tarde.

En aquel instante, todos los socios del Círculo Verídico—éramos tres—pedimos la palabra. Uno de ellos, el más joven, habló en primer lugar.

—¿Podemos saber!—preguntó—qué siniestros pensamientos se ocultan bajo esa máscara idiota de la sonrisa?

—¡Ah, señor Buenabarba!—gritó el socio sordo—. ¿Es que duda usted de alguno de nosotros? Todos los hombres cultos de este pueblo estamos reunidos en esta sala.

—¡Valor, compañeros!—dije yo—. La duda es punzante como clavo en bota. La verdad, señor Buenabarba, la verdad! Estábamos inquietos, nerviosos, trepidantes.

—La verdad—contestó nuestro amigo—es que no entiendo ni una palabra. Por otra parte, yo siempre digo la verdad, pero en esta ocasión no sé que decir.

—¡Caramba!—exclamamos—. ¡Pero esa carta!...

—¿Esta carta?—preguntó extrañado Buenabarba—. Voy a leerla.

Y así lo hizo a continuación.



—Pero, hombre, Celedonio, ¿te vas a estar ahí todo el día?

—Claro que sí; porque vosotros sois muy amigos míos, pero en cuanto vuelva la espalda, me vais a quitar el pellejo.

Dib. de Mog.

—“Señor Buenabarba: Su mujer le engaña. El vestido de seda y tisú que ha lucido en los salones de la botica-ria, le ha costado a usted la miserable e insignificante cantidad de cien pesetas, cuando a la modista de Madrid le ha valido doscientas”.

—¿Cuánto dice?—interrumpió el sordo?— ¿Cuatrocientas?

—No, señor—exclamé yo—. Se ha equivocado. Trescientas.

—Calma, señores—dijo el socio más joven—. Yo ignoro el precio del vestido, pero, cualquiera que sea, lo merece. Hay que ver los forros que lleva y lo bien terminado que está. A mí me parece regalado.

Nos miramos todos. Buenabarba parecía tener unos sesenta años; el sordo, cincuenta, y yo, hermosas lectoras, sé, por desgracia, que pasé de los cuarenta. Sólo el joven, apenas contaría veinticinco años. Y por eso—¡oh, juventud!—ignoraba el precio del vestido de la muy noble y honesta señora de nuestro amigo.

—Señores—habló Buenabarba—: Yo, como presidente, secretario, tesorero, vocal, etc., etc., de este Círculo, opino que debe quedar terminado este incidente.

—¡¡Bravo!!—exclamamos.

—Señores—terminó—. Creo no merecer esos ¡bravos!, pero en fin...

Y levantó la sesión.



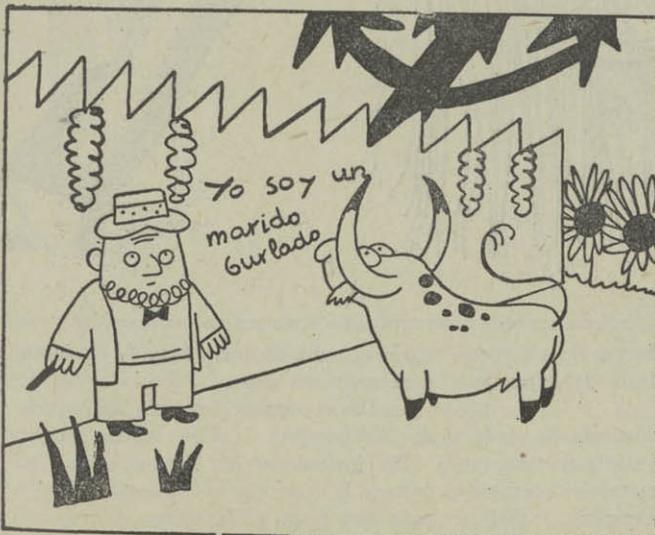
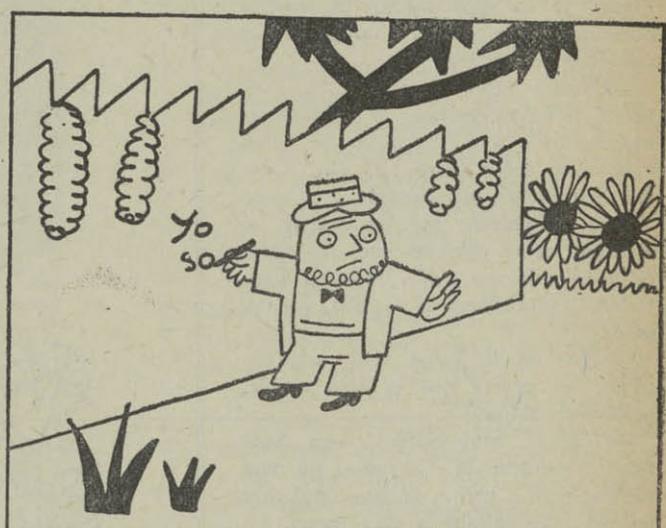
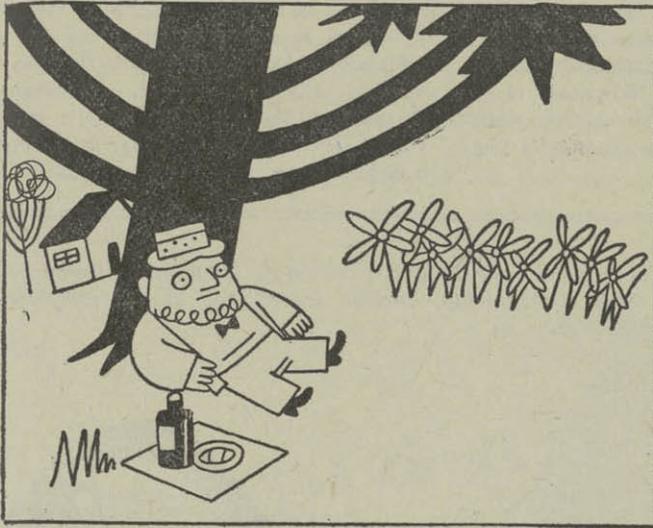
DESPUES DEL NAUFRAGIO

—Nada, no se preocupen de mí; heagarrado un buen tablón.

Dib. de Mog.

PABLO TORREMOCHA

EL TORO COMPASIVO, por Mihura



MIHURA.

CUENTOS REGOCIJANTES

Un espadachín

I

En el gran café de la plaza del Comercio de Pithiviers, ayer tarde, a la hora del aperitivo, M. Alfredo Gitenet, propietario del *Bazar Parisiën*, ha pisado por descuido el rabo de Chantecler, el perro de M. Jerónimo Proteston, único redactor y, por consiguiente, redactor-jefe del *Faro del Loiret*.

M. Jerónimo Proteston ha mirado severamente a M. Alfredo Gitenet y le ha dicho:

—¡Ya podía usted andar con más cuidado, idiota!

M. Proteston no ha cruzado todavía su acero con nadie desde que, cinco años antes, instalóse en Beauce, para dirigir un diario. Goza, sin embargo, en Pithiviers, de una reputación de esgrimidor temible. Todo el mundo, en efecto, le ha oído narrar en muchas ocasiones las proezas realizadas antaño por él en el terreno.

—Usted... usted dispense... M. Proteston...—ha murmurado M. Gitenet, tímidamente—. Yo... yo... yo no había visto a su señor perro... A él... a usted le presento mis excusas...

Como impulsado por un resorte, al escuchar estas palabras que, sin duda, estimaba injuriosas, M. Jerónimo Proteston, levantándose de la silla, ha rugido:

—¿Que no lo había visto usted?... ¡Pues me parece que es bien visible, pedazo de animal!

—¡Cierto... muy cierto!...—ha asentido cortesmente M. Gitenet—. Es muy visible; pero... pero... hágase usted cargo, yo... yo miraba a otra parte...

M. Proteston había aceptado sólo a medias la primera explicación de M. Gitenet. Esta segunda explicación, sin duda, le ha parecido completamente inaceptable. Primero, en la mejilla derecha, después, en la mejilla izquierda, ha abofeteado a M. Gitenet. ¡Zás y zás! Y, para terminar, ha dicho:

—Ahora, caballero, si no es usted un modrego desvergonzado, me parece que sabrá lo que ha de hacer.

II

M. Cotignac, maestro de armas de Pithiviers, ¿había experimentado la víspera algunas penas de corazón?... No, porque no tiene corazón... M. Cotignac, maestro de armas de Pithiviers, ¿había experimentado la víspera algunos contratiempos de dinero?... No, por-lla mañana, al despertar, con la misma

sencillez con que se decide "¡el tabaco me desagrada y no fumaré más!", él ha tomado la decisión siguiente: "¡Estoy harto de al vida y voy a suprimirme.

Durante un buen rato ha vacilado entre las distintas clases de suicidio.

En definitiva, ha descolgado del armero una espada, la ha quitado el boque tiene dinero... Y, sin embargo, aquetón y se ha puesto a aguzarle la punta con una lima.

a pedirme una lección! Si quiere, como si no quiere, tendrá que hacerme este pequeño favor.

Y murmurando esto, he aquí que M. Gitenet ha habierto la puerta del salón.

—Quizá lo sepa usted ya...—ha manifestado—. Ayer por la tarde tuve un violento altercado con M. Jerónimo Proteston... Me he visto obligado a enviarle mis testigos... Jamás ¡ay! he manejado arma alguna... y vengo a ro-

rech... ¡Muy bien!... Ahora, antes de todo, lo primero que le voy a enseñar va a ser a arrojarse a fondo...

Estimando a poco tiempo que M. Gitenet comenzaba a saber mantener la pierna derecha a cincuenta centímetros de la pierna izquierda, M. Cotignac se ha armado también de una espada y se ha colocado frente a su discípulo.

—Si le parece bien, mi querido M.

embargo, al matar a uno por equivocación, quedóse nadie tan disgustado como se ha quedado M. Gitenet cuando —siete segundos después de haberse tirado a fondo—ha comprobado que ya no tenía enfrente al bravo M. Cotignac, sino al cadáver del bravo M. Cotignac.

—¡Maldita sea!... ¡Buena la hemos hecho!...—ha exclamado—. No existía en todo Pithiviers mas que un solo pro-

III

Hay accidentes irreparables. M. Gitenet habíase dado cuenta en seguida de que de nada le serviría perder el tiempo lamentándose en la sala de armas del difunto M. Cotignac. Habíase puesto la chaqueta. Habíase encasquetado su sombrero. Había informado al portero de los acontecimientos que acababan de desarrollarse. Había tomado el camino de su casa.

De regreso en el "Bazar Parisiën", ha empezado a pasear febrilmente de punta a punta de su almacén procurando considerar su situación con calma.

Después de haber recorrido un número considerable de veces los doce metros que separan la escisión de "los artículos de ajuar" de la sección de "calzados para niños", ha llegado a la conclusión siguiente:

"Si hubiese un maestro de armas en Malesherbes o en Gien, podría yo, en caso necesario, ir sin pérdida de tiempo a aprender las primeras nociones de esgrima a Gien o a Malesherbes. Pero ¡no existe un maestro de armas en Gien, ni en Malesherbes! A menos que no quiera dejarme matar mañana, en el terreno, por ese maldito Jerónimo Proteston, no se me ofrece mas que un solo partido: hacer rápidamente mis maletas y abandonar Pithiviers para no volver a él nunca.

Disponíase ya a subir al granero en busca de sus maletas. En aquel instante, sin embargo, sus testigos han franqueado el umbral del "Bazar".

—¡Caramba!—ha exclamado el primer testigo—. ¡Puedes ufanarte de ser un bromista estupendo!... Este caballero refiere ayer por la noche, a quien quiere oírlo, que jamás ha hecho esgrima. Y ¿qué sabe todo el mundo hoy por la mañana?... Todo el mundo sabe que este caballero acaba de matar con las armas en la mano... ¿no adivinan ustedes a quién?... Al profesor de esgrima...

—Vistas estas circunstancias—ha continuado el segundo testigo—yo casi excuso la conducta del pobre Proteston. Para quien, como él, se las daba de matón, su manera de portarse tiene algo de cobarde. Confieso, sin embargo, que yo, en su lugar, quizá hubiese tomado la misma resolución que él...

¡Si segundo testigo reconocía que Proteston acababa de conducirse como un cobarde?... ¿El segundo testigo de Gitenet, confesaba que, a pesar de todo, acaso él hubiese tomado la misma resolución que Proteston?... Pues ¿qué resolución acababa de tomar Proteston?

Gitenet, intrigado, ha interrogado a sus amigos.

—Voy a ir al baile de la Asociación de Dibujantes vestida de "Verdad". Lo pongo en tu claro conocimiento, querido lector, por si me complaces asistiendo al baile vestido de Pozo.

Dib. de Picó.



Después de diez minutos de un trabajo concienzudo, acababa de dejar la lima y de murmurar:

—Evidentemente, evidentemente, para un enamorado de la esgrima, esta es la única manera elegante de borrarse del número de los humanos... ¡Tanto peor ahora para el imbécil que acuda

garle que me dé unas cuantas lecciones para salir del paso.

—¿Darle algunas lecciones, mi querido M. Gitenet?... ¡Con mucho gusto!

Ha invitado a M. Gitenet a que se quitara la chaqueta y le ha dado la espada que tenía en la mano.

—Tome este juguete con la mano de-

Gitenet—le ha dicho—, vamos a practicar ahora un poco. Apriete fuertemente su espada... Y precipítese sobre mí, haga el favor... ¡Hala!... ¡A fondo!... ¡No olvide que yo soy para usted un enemigo peligroso!

Siempre contraría mucha matar a una persona por inadvertencia. Nunca, sin

profesor de esgrima. ¡Dios sabe cuán necesarios me resultaban sus consejos en vísperas de un encuentro con ese espadachín de Proteston! ¡Y he aquí que por mi torpeza, por mi estúpida, por mi inexcusable torpeza, el único profesor de esgrima de Pithiviers no se encuentra ya en estado de dar lecciones!...

—¡Atiza!—han exclamado ellos riéndose—. Pero ¿nadie ha venido todavía a contártelo?... Pues sabrás que el excelente Proteston acaba sencillamente de deslizar por debajo de la puerta la llave de la redacción del *Faro del Loiret*. Y, hace un cuarto de hora, lo han visto en la estación con una maleta en la mano subiendo a un coche de segunda clase del expreso de las 11,22. ¡El infeliz, a cencerros tapados, huía de Pithiviers, probablemente sin intención de volver a verlo.

MAX Y ALFV FISCHER.

LOS HOMBRES GRANDES

Modesto Sincero

o ¿Cómo pergeña usted sus birrias teatrales?

Señor don Canuto, ordenanza de VARIETÉ: Me pregunta “usté” versallescamente y con bastante ortografía—bueno, “usté” no me ha “preguntao” “ná”, pero algo hay que decir, cuando se “quíe” uno ver en los papeles—cómo escribo las estupendísimas obras que me vienen pateando, temporada tras temporada, desde que abandoné el ramo de construcción “pa” dedicarme a la otra construcción, en-tiéndase de “piecitas” teatrales. Manos a la obra. Voy a explicarle a “usté” cómo se me ocurren esas idioteces que “aluego” las gacetillas califican de éxitos resonantes, y que en las carteleras se anuncian como “cañones” y “jamones”.

Yo, señor don Canuto, escribo por las mañanas y por “necesidad”. En pijama hice “Las pelanas”, lo mismo que “Las enanas”, “Las ro-dilleras” y tantas otras, hasta la cifra de ochocientos ochenta y ocho que llevó “estrenás”. ¿Que cómo se cocieron en la olla de mi cabeza? Verá “usté”.

Una mañana cualquiera, brota en mi cerebro una nebulosa, más o menos patética, y oblicuamente proyecta en mi retina izquierda un foco, que es lo que pudiéramos llamar eje de la obra. ¿Está esto claro? Más claro “entodavía”: Una mañana, al levantarme, oigo cantar bajo mis balcones, a una orquestilla de ciegos, las siguientes estrofas:

¡Av Charlestán,
Charlestán!
¡Igual me da
bailarlo aquí
que en Siam!



—¿Este es tu novio, el boxeador profesional?

—El que era profesional. Ahora cuando nos casemos será amateur nada más y... ¡tendrá bastante con mamá!

Dib. de Picó.



VIAJANDO EN PRIMERA
**LA MUJER
 JAPONESA.**



Su dulzura amermelada. — Su amabilidad versallesca. — Nuestro amor entre los lotos. — Su caída en mis brazos. — Su finísimo padre. — Su horroroso sacrificio.

me invitaba a *saké* y a sopa de nido de golondrinas y a aletas de tiburón. Y me recitaba algún *hai-kai* de su poeta favorito:

*Ya-Sa-Huma es una mariposa
 que cierra sus alas
 y se posa en una flor.*

*¡Qué negra es la noche!
 Parece que estamos
 en el interior de un coche.*

*No be abandones jamás,
 que una flor de almendro
 se consume siempre.*

¡Oh, qué poesía!...

AUTÉNTICA ESCENA DE AMOR QUE TIENEN TODOS LOS SECRETARIOS DE LA LEGACIÓN ESPAÑOLA EN TOKIO CON LAS JAPONESITAS DULCES Y AMOROSAS

Ella.— Quiéleme simple y no me olvides, losa de telciopelo.

Uno.— Siempre te querré, cascada de las peñas.

Ella.— Te quielo tanto, que me sería imposible quelel a nadie ¡ya, espuma de ámbar.

Uno.— Yo también te quiero, yema de coco.

Ella.— No me olvidés nunca, pues



Yo no he acabado de convencerme. Aun me reservo mis dudas.

Yo era secretario de la Legación española y era joven y algo irreflexivo.

Además, a mí me parecía que estaba viendo una revista en Martín, y con aquel ambiente me hinché de engañar mujeres, y, entre otras, tuve amores con Ya-Sa-Huma, la hija de un comerciante en té, seda, laca, arroz y porcelana, que era orgulloso y fiero, como son todos los comerciantes en porcelana, arroz, laca, seda y té.

Fuimos novios sin que su padre se enterara. Todas las noches tomaba un *rickshaw* que, tirado por un fornido faquín, me llevaba al jardín de mi amada. Y allí, aspirando el perfume de la flor de almendro y de la flor del loto, la hija del Sol Naciente me acariciaba la barbilla y me llamaba *pi-chón*.

Otras veces me pasaba a su gabinete particular, y, sentados sobre una esterilla de juncos, mientras una *geisha* tocaba la *biwa* unas veces, y otras el *samicén*, y otras el *kotto*, ella

yo me pondría triste y mi padre se vengaría cruelmente.

Uno.— No tengas cuidado, rica. Yo siempre te querré, aunque tengas la gripe.

Ella.— ¡Júlamelo!

Uno.— ¡Te lo juro!

Ella.— Te cleo porque no usas chaleco de punto. Ahora, hablemos de amor.

(Como ven ustedes, en el Japón se hace el amor lo mismo que en el Puente de Vallecas. So'amente que en el segundo se pronuncian las erres y alguna que otra interjección.)

Y sucedió lo que suele suceder tam-

BONITA DESCRIPCIÓN DE UN AMOR SENTIMENTAL EN TOKIO

Estoy seguro de que el día que llegué a Tokio era Carnaval. Podría jurarlo. Se veían muy pocos pierrots y ninguna destrozona. Tampoco se veían niños vestidos de demonio. Sin embargo, había un gran número de individuos con trajes de chinos y una



gran cantidad de muchachas con bonitos kimonos japoneses.

Pero hay que reconocerlo. En Madrid van mejor disfrazados. Allí van muy chapuceros y llevan unas caretas muy mal hechas. Unas caretas sin ojos ni sin bigotes. Sufrí una desilusión del Carnaval en aquel país. Además, todos iban muy serios y no se tiraban *confetti* ni serpentinas.

Luego me dijeron que no era Carnaval. Que esta equivocado. Sino que como estaba en Tokio, la capital del Japón, los japoneses iban siempre vestidos así. Que era la costumbre.



bién en el Puente de Vallecas. Que abusé de ella de una manera que no dejaba lugar a dudas.

Y una noche de mayo el padre nos sorprendió y me citó al día siguiente en su casa.

Y fué espantoso.
¡Qué horror!

ESCENA ESPELUZNANTE QUE TIENEN TODOS LOS SECRETARIOS DE LA LEGACIÓN ESPAÑOLA EN TOKIO, CON EL PADRE DE LA MUJER QUE DESHONRAN, E INESPERADO Y CONMOVEDOR FINAL

(Un salón en donde Ho-Kan-Tara, el padre de la desventurada joven, está en el suelo fumando opio.)

El padre (levantándose al verme, y haciendo reverencias y sonriendo).— Puede pasal y sentarse, caballero europeo (i).

Yo.—Estoy bien de pie.

El padre.—La cortesía japonesa no permite que un europeo permanezca en pie.

Yo.—Es que tengo reuma articular en las rodillas y me cuesta mucho trabajo sentarme en el suelo.

El padre.—Entonces le pasa a usted igual que a mí, luna de los cielos. Pero es que en el Japón no hay más remedio que sentarse en el *parquet*. Sin embargo, si usted no hace ningún artículo describiendo el Japón, como hacen todos los que vienen aquí, sacaremos unas butacas y nos sentaremos cómodamente. Pero haga el favor de no decirlo, porque entonces perderíamos una porción de turistas. (Hace sonar una *gong* y aparecen los chinos de detrás de un biombo, que traen unas butacas, donde nos sentamos. Luego desaparecen los chinos.) ¿Quiere usted fumar opio?

Yo.—No. Gracias. No me gusta.

El padre.—Me alegro, porque así fumaremos unos cigarrillos de cincuenta, de Logroño, que tengo guardados aquí para cuando no me ve nadie. ¡Ahí va un pitillo, aire del Guadarrama!

Yo.—¡Gracias, bocina de bicicleta!

El padre.—Pues bien, perfume de sándalo, le he llamado, porque quiero oír su nacarada voz. Que Amateram, la diosa del Sol, me ilumine para que mis palabras no mancillen sus oídos, bellos como un amanecer en Lugo.

(i) Como si escribiese este diálogo en chino ustedes no lo entenderían, y como esto de escribir las cosas con la *l* es una lata, voy a escribir natural el diálogo, rogándoles a ustedes que al leerlo le den la entonación más nipona que encuentre para que así resulte más conmovedor. ¡Gracias, muchachos!

Yo.—Bien; dígame lo que quiere.

El padre.—Que mis frases no le sean gravosas, azucena de los campos.

Yo.—Bueno; pero ¿usted me ha llamado para echarme una bronca o para echarme flores, medio litro de gasolina?

El padre.—Es que el japonés es fino y correcto, y por eso lo hago. Que si no, después de lo que ha hecho usted con mi hija, le iba a tratar así la Pompadour.



¡OH, EL CHARLESTON!

—Pero ¿es que a usted no le gustan estos tangos tan suaves, tan dulces?...

—Me hacen daño. Soy diabético.
Dib. de Perales.

Yo.—Bueno. Pues abrevie, porque el sol se va a poner y tengo que comprar una pipa y un collar.

El padre.—Pues bien. Usted ha engañado a mi pobre hija, y yo me voy a vengar matándole. Así es que voy a hacer sonar el *gong* y de detrás de un biombo saldrá un individuo con unos bigotes muy largos que de un tajo de *haiki* le hará a usted *consummé*.

Yo.—¿Y no podría usted dejarme en libertad y luego vengarse de una manera más original?

El padre.—Hombre, sí. En *Wu-li-Chang*, una obra que hace Vilches, por cierto bastante bien, un chino se vengó del seductor de su hija raptando a la madre del individuo. Y esta obra tiene bastante éxito en Valencia.

Yo.—No. Mezclar a la familia, no. Luego lee mis artículos mi tía Elena y se enfada mucho, diciendo que no tengo respeto a nadie.

El padre.—Entonces, no tengo más remedio que despenarle. Rece usted el credo.

Ya-Sa-Huma (entrando con un kimono y con la faz lívida).—¡No, padre, eso no! No hagas eso, porque cometerías una injusticia. Este caballero no tiene la culpa de nada. Soy yo la malvada. Ya, que desde los siete años y dos meses he tenido novios a quienes he hecho harina. Yo, que he sido de muchos hombres antes de ser de éste. Yo, que merezco que me desprecies y que me escupas. Yo, que desde que nací tengo espíritu de tanguista.

El padre.—¡Fifichatura! (que quiere decir "¡rediez!") ¡Y yo que he insultado a este caballero, que le he injuriado, que le he amenazado con matarle! ¡Oh, qué bochorno! ¡Mi caballerosidad no me permite ya vivir! ¡Cuando un hombre de nuestra raza ha cometido una incorrección, no tiene más remedio que hacerse el *hara-kiri*. (Saca un alfange de la túnica y se lo mete en el vientre.) ¡Adiós! (Fallece.)

Yo (horrizado).—Pero Ya-Sa-Huma, ¿es verdad lo que has dicho?

Ya-Sa-Huma.—No. No es verdad. Pero he dicho esto antes que mi padre te convirtiese en un repugnante fiambre. Las muchachas japonesas hacemos toda clase de sacrificios por salvar a los secretarios de la Legación española a quien amamos.

Yo.—¡Pero con tus palabras has hecho que tu padre muera!

Ella.—¡Bah, no importa! ¡Padecía mucho de anginas!...

Yo.—Y ahora, ¿qué hacemos?

Ella.—Ahora, yo me tengo que matar también. Cuando una japonesa tiene la culpa de que su padre muera, ella debe morir también. (Saca el chisme a su padre de la barriga y se lo clava ella.) ¡Adiós, negro! (Muere.)

Yo.—¡Qué barbaridad! Pues estos japoneses tienen unas costumbres, que yo ahora mismo pongo una funeraria y me hago el amo de la plata. (Salgo corriendo en busca de un socio capitalista.)

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de MIHURA.)



Ella.—¡Caballero, sepa usted que soy una mujer decente!

AGENCIA GENERAL DE LIBROS Y REVISTAS

Apartado número 329.

de JOSÉ W. VALBUENA

MARACAIBO-Venezuela.

Representaciones de Casas Editoriales de España y América. Acepta proposiciones de Agencia de las Casas editoras de Revistas y otras publicaciones. Referencias a satisfacción.

Cuentos regocijantes

Todo se arregla gracias a la mamá

M. Billy Stevenson, que me había tomado en calidad de secretario para mientras durase cierto Congreso de Boulogne, recibíome en su despacho. Sin darme tiempo a tomar asiento, me alargó una copa de Oporto y bebió cordialmente a mi salud.

Declaróme a continuación que no dudaba de mi talento y que había oído hacer mi elogio muchas y muchas veces; pero que, a pesar de todo esto, deseaba hacerme sufrir una especie de examen insignificante, "porque, añadió riéndose, un inglés que habla francés es algo muy dificultoso de estenografiar".

Ahora bien, he aquí la historia que me refirió a título de prueba y que yo anoté con absoluta fidelidad:

Había una vez, en Manchester, un jovencito—veinticuatro o veinticinco años de edad—no feo y muy bien educado. Cierta día presentóse este jovencito en el estudio o, si le parece a usted mejor, en el despacho de su papá.

—Papá—le dijo—querría casarme.

—¿Que quieres casarte?—le respondió el padre.

—Tal es mi deseo, en efecto.

—¡Buena ocurrencia, hijo mío, buena ocurrencia! Dentro de poco has de cumplir veinticinco años y, por consiguiente, ya estás en edad de casarte. ¿Has pensado ya en alguna muchacha?

—Creo que sí, papá—respondióle el jovencito—. A mí me gusta mucho miss Penguin y quiero casarme con ella.

—¡Miss Penguin!—replicóle el viejo— ¡Ni pensarlo siquiera! ¡Es imposible!

—¿Imposible?

—Sí.

—¿Y por qué es imposible?... Se trata de una muchacha perteneciente a una buena y respetable familia, antigua amistad de casa y gente de gran distinción. Usted va a visitarla con mucha frecuencia y por eso pensé que se alegraría de verme casado con ella...

—Te repito que no hay que pensarlo siquiera. ¡Es imposible!...

—Pero, ¿por qué?

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

—Pues bien, hijo mío; no puedes casarte con ella, porque esa muchacha es hermana tuya. ¿Lo comprendes ahora?

El jovencito se hizo cargo entonces de que aquel casamiento resultaba de una



—Yo reconozco mi defecto: soy una polvorienta.

Dib. de Picó.

Este número ha sido visado por la censura



REFLEXION DE UNA I RESCALES, por Demetrio.

—Es una torpeza esto de que las casadas no seamos con nuestros maridos lo desentruellas que somos con nuestros amantes. ¡Así los pobres se aburren!...

imposibilidad absoluta, puesto que su padre era también padre de su adorada. En vista de ello, dedicóse a buscar otra muchacha por otro lado. Y, después de un mes o quizás de mes y medio de pesquisas, dijo a su padre que, al fin, había encontrado a otra jovencita muy linda, con la que le agradaría contraer matrimonio.

Pero, cuando hubo dicho su nombre, he aquí que el padre le contestó de nuevo que era también imposible por la misma razón, exactamente por la misma razón que la vez anterior.

—¡Esa jovencita es tu hermana!

El caballereite, al escuchar esta reiterada afirmación, pensó para sus adentros que su padre le estaba tomando el pelo y que acaso resultara mejor hablar del asunto con su madre. Fué, por consiguiente a abrazarla y le dijo que quería casarse.

La madre le contestó:

—¡Estás en tu derecho, hijo mío! Ya es tiempo de que tomes una mujercita. ¿Has pensado en alguna?...

—Sí—le replicó el mozo—, y por eso precisamente deseo hablar con usted. He pensado en miss Penguin; pero mi padre me ha dicho que ella es hermana mía.

—¿Te ha dicho eso papá?

—¡Ya lo creo que me lo ha dicho! Y, después de eso, habiéndolo dicho yo que había encontrado a otra joven, a miss Robinsón, él me ha asegurado que también esta es hermana mía...

—¿De veras?... ¿Te ha dicho eso?...

—Sí.

—En ese caso, hijo mío—le replicó la madre—, en ese caso, no prestes atención para nada a lo que te ha dicho papá. Cásate con la que más te guste de las dos—lo mismo da una que otra— porque, tan cierto como que ahora hay sol, yo, hijo mío, yo, puedo jurarte que tu papá... ¡no es tu padre!

JORGE AURIOL

FOTOGRAFÍAS GALANTES : RARAS
Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correo

Contra reembolso 11 pesetas

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (FRANCIA)

EL ASCÉTICO

Don Atenedoro Moral, viudo y comerciante en maderas, era el hombre más morigerado, religioso y buen padre que se libra del atropello gracias al guardia de la porra. Y cuando digo buen padre es porque tenía dos hijas modelos; pero no vayan a creer ustedes que eran modelos de esas que se despojan de la clámide y posan con el solomillo al amor de la estufa ante un pintorcete o ante un *primera medalla*, no; eran dos modelos de recato y distinción, aunque para el cuento lo mismo hubiera dado que las tales señoritas hubieran sido dos perros, porque no juegan papel en esta historia. Aquí el que juega es su respetable padre D. Atenedoro.

Por el barrio decían que en su juventud había arrastrado el apellido por los burdeles más económicos, encenagándose hasta el cuello; pero desde que casó a los veinticinco años con una adinerada cambiante, la alacada existencia de Atenedorito se convirtió en un regulado trote un si es no es cochinerero, pero trote al fin, para acabar en un mesurado paso como hombre sensato que mira antes cómo es el terreno do pone la planta de su manchego. Don Atenedoro salió cambiado del trato con la cambiante; D. Atenedoro acabó por ser uno de esos hombres graves tan enemigos de todo lo terreno, que a los cuatro años de matrimonio y después de colaborar en el natalicio de sus dos niñas, sintió lo que se dice verdadera repugnancia por todo lo, que no fuera una rigurosa continencia en todas las naturales manifestaciones a que la vida nos obliga. El efectuar una necesidad menor, era ocasión de tortura para el grave D. Atenedoro, el cual, en alguna ocasión, y por no utilizar sus manos en lo que él creía indigno y condenable, llegó a cruzarse de brazos y a convertir en filtros sus prendas interiores de la más amarilla de las bayetas.

La señora, la que en un principio estaba encantada con la radical transformación del abocado y asqueroso Atenedoro, llegó a maldecir lo más verduleramente posible del riguroso ascetismo de su esposo, y acabó por morir de aburrimiento cuando cumplió con la sagrada misión de educar a sus hijas, que en el momento cumbre de mi cuento habían llegado a ser dos niñas estupendas, pero sin llegar a *peras*, por su recato y comedimiento.

Don Atenedoro acabó por ser tan severo consigo mismo, que si después de comer notaba que la digestión le producía ese amodorrado y reumal bienestar, se metía los datiles en la boca y arrojaba la comida entre las

arcadas más angustiosas y los trasudores más horripilantes, para castigar el regodeo que le producía la materia.

Pero un día, mejor dicho, un crepúsculo, vió D. Atenedoro en solitaria callejuela a una de esas desgraciadas mujeres-vertederos que, aunque de arrogante porte y escultórica apariencia, no dejaba por eso de ser un vivo y repugnante ejemplo de lo deleznable, que es la arcilla de que estamos esculpidos.

Don Atenedoro se dió cuenta de que a través del tupido caudal de su virtud y sus convencimientos había sentido algo, y aun algos, de pecaminosa complacencia al contemplar las armoniosas caderas y las *demetrianas* pantorrillas de la alquiladora.

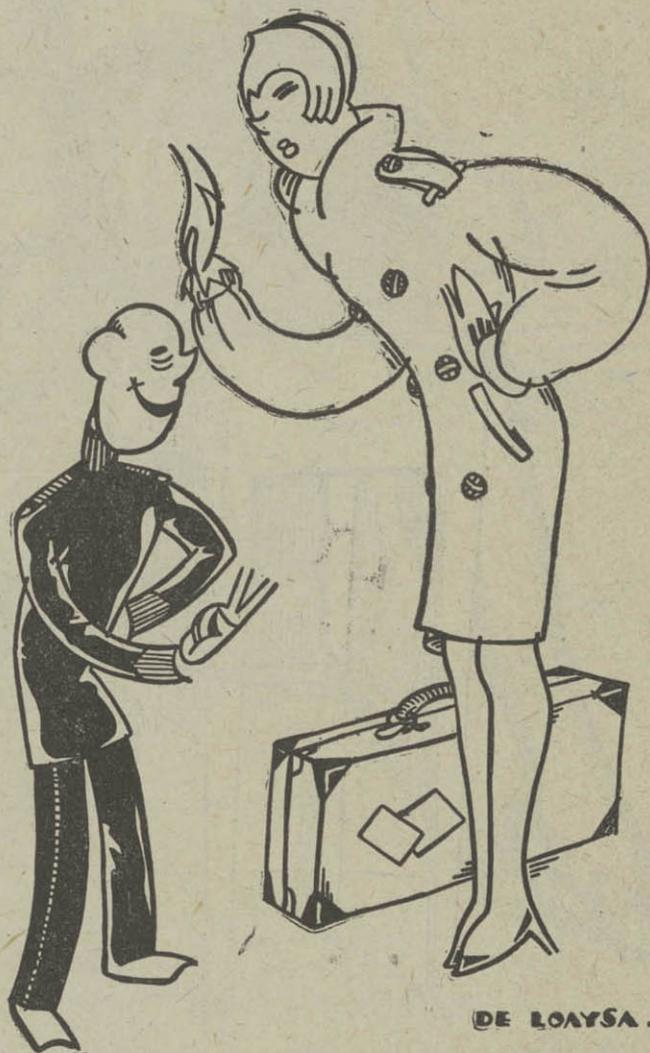
¡Qué horror!—se gritó en su mente el hombre de la continencia—¡Hasta qué sima de lascivia y desenfreno he bajado yo al mirar a esa desgra-

ciada?—gritó el cuitado—¡Cómo sufriría yo después que mi torpe carne hiciera el más leve contacto con esa infernal criatura! ¡Cómo me torturaría después castigando mi carne...

Y el caso es—reflexionó el cuitado—que no puedo hacer en este caso como en el de la comida opípara que arrojé para privarme de una digestión placentera, porque a *ésta* no me la he comido... ¡Y yo quiero castigarme! Sí..., quiero torturarme a palos con mi fiel vara de fresno... Y acercándose a la esquinera le dijo con el más profundo de los ascos. ¡Tira para "alante"! Y después, como contestando al asombro de la interrogadora mirada de ella, dijo:

—Sí; vamos a tu casa, que luego cuando yo llegue a la mía me voy a atizar una somanta que me van a recoger con *esponja*.

TELÓN CORTO.



DE LOAYSA.

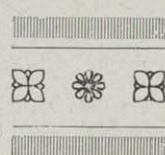
—Yo te ofrecí una peseta por el recado.
Sí; pero me lo dió dos veces.

Dib. de Loaysa.



DE CINEMATOGRAFO

Lina Basquette y Richard Barthelmess en la graciosa producción *The Noose* de la First National.





APUNTE DEL NATURAL, por Demetrio.

Imp. Zoila Ascasibar y C.^a Martín de los Heros, 65.—MADRID.